

consonni

Uxue Alberdi

La trastienda

TRADUCCIÓN
Arrate Hidalgo



«La trastienda huele a tinta, suena al tra-tra-tra de la Singer y al rumor del río. Del proceso de Burgos a la maratón de Nueva York, sus protagonistas narran el mundo y cuentan lo que habrían callado demasiado tiempo. Izaskun y Marijo ponen las historias y el desparpajo; Uxue Alberdi cose los retales de esa memoria a dos voces y los borda con su destreza literaria». —**June Fernández**

«Como colarse por la ventana de atrás en la intimidad de dos hermanas libreras que han volado alto cuando no se esperaba de las mujeres alas, han hilvanado y agitado la vida de Elgoibar durante décadas. Entre bordados y libros, Uxue traduce una memoria murmullo detrás de los cristales». —**Esther Ferrero**

«Esta vez Alberdi escribe desde un lugar distinto: el de quien escucha atentamente desde un segundo plano. [...] De cada página se desprende una pasión por la vida». —**Irati Majuelo**

«El epitafio más bello posible». —**Arantxa Iturbe**

«Una tienda es un lugar privilegiado para tomarle el pulso a un pueblo, para conocer sus cambios sociales, económicos o políticos». —**Ibon Egaña**

«Un talento y virtuosismo increíbles para saltar de un género a otro». —**Hasier Rekondo**

«Me han conmovido profundamente las ganas de ser libres de las protagonistas; el texto, lleno de la vivacidad de Izas y Marijo, de su alegría de vivir, de su valentía, de su fortaleza, ha conseguido arrancarme alguna que otra lágrima». —**Ainhoa Aldazabal Gallastegi**

«Hablan con tanta lucidez que sus palabras te entran como un tiro en la cabeza y, también, en el corazón». —**Usoa Alberdi**

«*La trastienda* no cede a la melancolía». —**Txani Rodríguez, *El Correo***

«Puedes leerlo como una crónica e incluso considerarlo una novela. También tienes cuentos. Pero en el fondo la pregunta es: ¿qué trae el libro? Pues trae vida». —**Mikel Asurmendi, blogak.eus**

Uxue Alberdi Estibaritz (Elgoibar, 1984). Escritora y *bertsolari*. Es autora de relatos, novelas, ensayo, crónica literaria y literatura infantil. Ha recibido el Premio Euskadi de Literatura en dos ocasiones, en la categoría de literatura infantil y juvenil por *Besarkada* y en la de ensayo por *Kontrako eztaarritik (Reverso)*. Su novela *Jenisjoplin* fue galardonada con el Premio 111 Akademia y traducida al español y al inglés.



La trastienda

Uxue Alberdi Estibaritz

Traducción de Arrate Hidalgo



Autoría **Uxue Alberdi Estibaritz**
Traducción **Arrate Hidalgo**
Corrección **Beatriz Morales Bastos**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Miriam de Búrca**
Producción ePub **Bookwire**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
abril de 2022, Bilbao

eISBN: 978-84-16205-92-9

Edición original: *Dendaostekoak*, Susa literatura,
2020

© 2020, Uxue Alberdi

Autora representada por The Ella Sher Literary
Agency

© de la traducción, Arrate Hidalgo, 2022

© de la imagen de cubierta, *David is Confused*,
Miriam de Búrca, 2021

© de esta edición, consonni ediciones, 2022

Esta obra ha recibido una ayuda a la traducción del
Ministerio de Cultura y Deporte de España



consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

De golpe me doy cuenta de que no sé
nada de tus mejores días,
que tus días más plenos son días sin mí
y me pongo a fantasear
con estar allí con vosotros
—Iñigo Astiz, *Baita hondakinak ere*

Glosario

Abertzale: literalmente, «amante del pueblo, de la patria». Término utilizado en el contexto vasco para hacer referencia al movimiento político, cultural y social que busca la soberanía y la liberación del pueblo vasco.

Aita: padre.

Ama: madre.

Amona: abuela.

Baserritarra: persona que vive y trabaja en un caserío o *baserri*.

Bertsolari: persona que improvisa versos (*bertso*, en euskera). La autora, Uxue Alberdi, ha recogido en su libro *Reverso* testimonios de varias mujeres *bertsolaris*.

Borroka: literalmente, «lucha». Utilizado como calificativo se refiere a una estética concreta del entorno de la izquierda *abertzale* o para referirse a ese ambiente.

Clarimosto: bebida consistente en una mezcla de vino clarete y mosto.

Ertzaintza: policía autonómica vasca.

Ertzaina: agente de la Ertzaintza.

Euskaltegi: centro donde se enseña euskera, generalmente a personas adultas.

Gau-eskola: clases nocturnas gratuitas de euskera para personas adultas.

Ikastola: escuelas cooperativas de Euskal Herria cuyos ejes principales son el euskera y la transmisión de la cultura vasca. Tomaron especial importancia a partir del franquismo como respuesta a la prohibición de estudiar y hablar euskera.

Ikurriña: bandera oficial de Euskadi que también se utiliza como símbolo nacionalista vasco en el resto de territorios que integran Euskal Herria.

Gaztetxe: centro social gestionado por personas jóvenes que basa su funcionamiento en la ocupación y la autogestión.

Pelotari: jugador o jugadora de pelota.

Pintxo-pote: combinación de un pincho y una bebida a un precio especial que suelen ofrecer los bares los jueves o viernes.

Pote: vaso de vino, cerveza u otra consumición en un bar.

Poteo: ir a tomar potes.

Txapela: boina tradicional vasca que también se entrega a las personas ganadoras de competiciones y eventos culturales. El término da nombre a *Txapelketa*, abreviatura de *Bertsolari Txapelketa Nagusia*, «Campeonato Principal de *Bertsolaris*», una competición que se celebra cada cuatro años y en la que participan *bertsolaris* de toda el área cultural de Euskal Herria.

Txaranga: conjunto musical que suele actuar en fiestas y eventos populares.

Txikito: vaso pequeño de vino tinto.

Txikitear: acción de ir a tomar *txikitos*. Quienes acostumbran a tomarlos, se conocen como *txikiteros/as*.

Zurito: vaso pequeño de cerveza.

Esto es un bordado de realce; esto, una vainica; estos son ojeteros y bodoques. Los de abajo son filigranas y sobrepuestos. Mira aquí: el centro es de arenilla y los bordes, de realce. Estos de aquí son bordados de filtriré y cadenetas, bordados de *Point de Beauvais*, bordados a canutillo, bordados en blanco y de fantasía...

Yo estaba cosiendo en la ventana, cara al río. Era el día siguiente al juicio de Burgos. Allí fue desde donde vi entrar a los guardias civiles, a decenas. Tenía dieciséis años.

Yo me acuerdo de otra manifestación: la guardia civil cerró la calle San Francisco por ambos extremos. El gentío se desperdigó, Arrate iba conmigo. Su madre, la Trini, nos gritaba desde el balcón. La gente desapareció a diestro y siniestro, se metió en los portales, que solían estar abiertos. Doblamos a la izquierda. Tuvimos suerte: la policía persiguió a los que fueron en la dirección contraria. Los jóvenes entraban en casas ajenas y saltaban por los balcones y las ventanas a la calle trasera. Éramos quince jóvenes apretujados en un portal; no nos atrevíamos ni a respirar.

Fue el año que legalizaron la *ikurriña*.

Exactamente un año antes de abrir la tienda.

Nuestra amiga, la Rosina, era muy comprometida. La metieron en la cárcel. También al que sería su marido. Metieron a mucha gente en el trullo. Para entonces, Rivero, Otegi y otros jóvenes ya estaban muy involucrados. Se reunían en caseríos. A Rivero lo frenaron sus padres. A ti te paró el *aita*. Arnaldo¹ se escapó «al otro lado»².

A Aitor lo arrestaron: le zurraron bien. No dice ni pío de aquello.

También se llevaron a Jose Inazio, eran íntimos, compartían piso de estudiantes en Bilbo. A uno de los compañeros de piso le encontraron una pistola entre los pasquines y se los llevaron a todos.

Recuerdo una huelga general: el pueblo cerrado a cal y canto. ¿Sería por lo de Txiki y Otaegi? Y dos protestas multitudinarias en los años anteriores a abrir la tienda. Una fue la de cuando se llevaron a Xabier Etxeberria: lo metieron arriba, en el cuartel, la gente tomó las calles. En la otra nos tendieron una emboscada en esta misma calle: yo entré al portal de los Canales y me corté el codo con la puerta de cristal. Me curaron la herida en el primer piso, les pedí usar el teléfono para llamar a mis padres; estaba a cien metros de casa.

Pasamos una noche entera discutiendo en la iglesia. ¿Qué tendría yo, diecisiete, dieciocho? Los de EIA, los de LAIA... Allí estaban también los troskos: Mallabi, Arrizabalaga, Alkorta, Rubio... Les decían los *españolistas*³. Eran vehementes. Rojos. Vivos. Ahora, algunos son pensionistas luchadores, los demás están muertos.

Nosotras éramos del grupo de mujeres. ¿Cómo se llamaba?

Amas de casa.

Tela.

Luchábamos por el derecho a abortar, tenemos una foto en la manifestación de Donostia. También en el pueblo salimos a la calle, hicimos carteles. No se me olvida el desprecio que nos tenían algunas mujeres. Me acerqué a una chica que iba del brazo de su marido y le pregunté sobre la ley del aborto. «*A mí no me hables de eso*», me contestó.

Hicimos pancartas contra el papa Juan Pablo II, que pasó por Elgoibar camino de Loiola. Algunos colgaron paños amarillos en los balcones. Nosotras fuimos a protestar a la plaza de la Magdalena.

Eso fue después, en el 82, el año que me casé.

En las fiestas del pueblo nos reuníamos para reivindicar el derecho de las mujeres a divertirse. Pintamos de lado a lado la fachada de una casa junto al río: la imagen de una chica sujetando una fregona detrás de unos barrotes.

¡Éramos las hijas del pintor!

Menuda tunda te dio el pintor. «¿*Adónde vas?*», te preguntaba, y tú: «*Adonde tú no vas*».

Una vez me vino a buscar a la calle, aquella noche dormí caliente. El aita tenía miedo. Pensaba que estaba metida en política hasta las trancas; tú eras más tranquila.

«¿*Con quién has estado?*». Bueno se puso.

Yo estaba con Planti y los demás... «*¡Os van a meter en la cárcel!*», me gritó. Pero esto no tiene mucho que ver con la tienda.

Según se mire.

Antes de abrir la tienda trabajábamos en casa de nuestros padres, en una habitación pequeña que daba al río. Allí teníamos las dos máquinas: la de coser y la de bordar. La *ama* pensaba que una mujer debía saber coser y bordar bien, que eso era lo más importante.

Tú aprendiste a bordar con las monjas.

En la escuela había una monja, la madre Rosario, que enseñaba a bordar a mano; con ella aprendí a hacer punto de cruz, punto artístico, punto escapulario... Con doce años empecé a ir a clases en la trastienda de Antón Gabilondo con otras chicas, un poco mayores que yo. Allí tenían diez máquinas para aprendices, íbamos todas las mañanas. Hacíamos sábanas, vainicas, manteles... Le hice el ajuar a una prima que estaba a punto de casarse. Era un

habitáculo de madera; toda la tienda entera era de madera oscura y al lado del escaparate solían anunciar la cartelera de cine. Pasé allí cinco años, hasta que empecé a bordar en casa. En cuanto nos sacamos el graduado nos mandaron a las dos a aprender costura.

Es raro, ni protestamos.

Con once años ya éramos muy responsables. Cuidábamos de nuestros abuelos. El abuelo se murió de cáncer en 1974 y durante el tiempo que estuvo enfermo y en tratamiento, en los meses que más débil se encontraba, nos mandaban a Tolosa a cuidar de él y de la abuela, con trece y catorce años, de muy crías. Yo solía ir al alto de Miracruz en autobús con el abuelo.

Muchas de nuestras amigas fueron al instituto; unas pocas, a sacarse una carrera; otras fueron donde la señorita Anita, que enseñaba administración. Colocaba a todo el mundo. Empleaba a todas sus estudiantes en las empresas vecinas. La señorita Anita era una institución. Sus alumnas se examinaban en Donostia y empezaban a trabajar en un pis pas.

Enseñaba formación profesional antes de que existiese la formación profesional.

Y nosotras venga a darles a las máquinas, taca-taca-taca... Los amigos venían a vernos a casa, a charlar mientras cosíamos: Iñaki, Zelaia... Todos los anarcos llenaban la habitación de humo.

La idea de montar una tienda fue tuya. No nos gustaba nada aquel cuartucho a la sombra de nuestros padres. Yo ya había cumplido diecinueve; tú, veinte, y no teníamos estudios. Venían mujeres para que les hicieses trajes a medida y yo bordaba por encargo: sábanas, pañuelos y toallas. Era duro. A ti no te gustaba.

Aquel cuarto no me gustaba nada de nada.

Me dijiste: «¿Por qué no abrimos una tienda y además de nuestros bordados y trajes, vendemos también discos y libros?».

Como si fuese lo más normal del mundo, en plena crisis.

Hubo grandes manifestaciones por del cierre de fábricas emblemáticas como Jarbe y Zubal...

Pero la calle estaba repleta de negocios: los bares Alkorta, Oraiko, Azafata y Truk, la carnicería Landa, la panadería Arozena, los electrodomésticos Artegi, el bazar de Teodosia...

La droguería Gabilondo, la sastrería Agirre, la pescadería, la bodega Zelandi...

La tienda de bicicletas de Txusko, la farmacia Bidasolo...

La joyería Aranburu, la tienda de electricidad Azpeleta, *Suministros industriales*, la tienda de comestibles de Kartutxo, la zapatería Osoro...

Nos dijeron que estábamos locas.

Éramos jóvenes.

Vimos un solo local, cerca de casa. Aquel bajo había sido una sala de juegos; de niñas solíamos ir a jugar al fútbolín, al billar y al flipper. El suelo aún sigue siendo el de entonces; dejamos las baldosas agrietadas por las máquinas recreativas. Cerramos el trato con la Ramona: un alquiler de 25.000 pesetas, ahí es nada.

Fuimos en autobús a Eibar. Allí había una tienda de electrodomésticos y discos de vinilo, se llamaba Goro. Nos enteramos de que la iban a cerrar y les compramos todo menos los electrodomésticos: los discos, los casetes y hasta los muebles. Un lío de no te menees. También conseguimos telas e hilos. En la trastienda colocamos la mesa de corte y confección y la de planchar, y frente a la ventana, las dos máquinas, una Alfa y una Sigma que jamás se han averiado.

Decidimos la distribución del local, el espacio que debían ocupar el almacén y la tienda, siguiendo el consejo del aita. La trastienda es amplia; nos sugirió que no escatimásemos en la dimensión del taller y el almacén: «Lo más importante no se hace a la vista».

Nos montó unas estanterías metálicas para organizar el material. Nosotras no habíamos dedicado ni un minuto a pensar en la trastienda. «¿Con qué pensáis llenar semejante almacén?», nos preguntaban. Trajimos el viejo escritorio de Andres, el que le regaló su madre en su época de seminarista. No hemos cambiado nada. Todo marcha, aunque se lo coma la roña y la carcoma.

Llenamos la trastienda de telas y libros en un abrir y cerrar de ojos. Vendíamos lana y agujas de ganchillo, las estanterías inferiores estaban colmadas de madejas y ovillos. Afuera, más de lo mismo: en los escaparates de la entrada, por todas partes, telas, libros y discos. Nada más cruzar la puerta, teníamos un pequeño mostrador; a un lado los elepés y los casetes, y al otro, los libros. Detrás, en la vitrina que aún conservamos, guardábamos los hilos: los de sedalina, los de torzal, los hilos para hilvanar y bordar, madejas de varios grosores para labores de ganchillo... Los hilos para crochet eran finos, caros y resistentes.

Le comprábamos la lana al peso a la fábrica Fabra i Coats de Barcelona. Había que enviar el dinero de antemano y si sobraba nos mandaban un poco de lana en un sobre; si sobraban cuarenta céntimos, pues cuarenta céntimos de lana.

¡Nos trajimos tu ajuar también, Izaskun! El día que cumpliste los catorce, la ama te regaló una dote enorme, como mandaba la tradición con la hija mayor. ¡Qué rabia te dio! «¿*De qué vas?*», le dijiste.

De lo que tú no vas.

Pasabas completamente de todo eso.